

Roberto Arlt

EL PAISAJE EN LAS NUBES
CRÓNICAS EN *EL MUNDO* 1937-1942

Prólogo de Ricardo Piglia
Edición e introducción de Rose Corral

Prólogo

Ricardo Piglia

Parece tan difícil imaginar la vejez de Arlt como la juventud de Macedonio Fernández. ¿Qué hubiera pasado con Roberto Arlt de no haber muerto a los 42 años? ¿Hacia dónde habría avanzado su escritura?

“Uno no se desarrolla verdaderamente y a su manera sino después de muerto”, decía Kafka. Desde esa perspectiva habría que decir que la escritura de Arlt mejora con los años y se desarrolla en la dirección de la mejor literatura contemporánea. Y esto es así –también- porque se han ido creando las condiciones para que su obra pueda ser verdaderamente leída. Ha sido necesario despejar los sucesivos mitos que han entorpecido la comprensión de lo nuevo que Arlt traía a la literatura argentina.

Durante años la sociedad literaria ha tendido a corregir a Arlt y hasta los burócratas más melancólicos de nuestra literatura se han sentido con derecho a tratarlo con una especie de condescendiente benevolencia. La manifestación más visible de ese rechazo se expresa, por supuesto, en los juicios sobre su estilo. Difícil encontrar en la historia de nuestra literatura un ejemplo más claro de incompreensión y de ceguera.

El estilo de Arlt es un gran estilo y, si ha sido negado de un modo tan unánime, lo que debemos preguntarnos es qué era lo que su escritura venía a cuestionar. El rechazo de ese estilo era el síntoma de una desconfianza de fondo, una desconfianza que tendríamos que llamar social. Escritura desacreditada, la forma de escribir de Arlt aparece como la prueba y la señal de su incultura: escribe así porque no sabe,

porque no tiene el refinamiento que permite, según se dice, cincelar un estilo. Arlt no sería un hombre educado: autodidacta (como la mayoría de los escritores argentinos, dicho sea de paso, desde Sarmiento y Hernández hasta Borges), ajeno a los sistemas de escolaridad que adiestran en el manejo correcto de la lengua; su relación con la cultura estaría fallada desde el origen.

La historia de la literatura nos ofrece versiones variadas de esta operación de descrédito. Virginia Woolf, por ejemplo, ha podido escribir sobre *Ulises* de Joyce: “Se me antoja un libro iletrado, falto de educación, la obra de un obrero autodidacta, y ya sabemos cómo son de fatigosos, egoístas, chillones, en última instancia, asqueantes”. Nadie ha dicho esto explícitamente sobre Roberto Arlt, pero ése es el argumento básico que circula por debajo de muchas de las valoraciones de su obra.

Por supuesto existen también (sobre todo entre sus defensores) los que han aceptado sin discusión este mito sobre la incultura de Arlt. Se trata para ellos de invertir el argumento y fundar ahí un juicio positivo: Arlt no sería un intelectual y eso garantiza la fuerza de su escritura. Expresión clásica de la ideología antiintelectualista (típica entre los intelectuales) que es un lugar común en el pensamiento reaccionario; esa perspectiva es la que determina una lectura de las obras de Arlt que ha hecho estragos en la historia de la crítica.

Convertirlo en un buen salvaje, hacer de él un escritor primitivo, espontáneo, puro corazón, es una interpretación que, por supuesto, no entraba en los planes de Roberto Arlt. Una noche (cuenta Mastronardi en su libro *Formas de la realidad nacional*), en una reunión de notorios escritores, después de escuchar una lectura de textos, Arlt se acercó al que leía y le preguntó con aire abstraído: “¿Usted piensa cuando escribe? ¿O se dedica de lleno a escribir sin distraerse del trabajo?”. Muchos de sus críticos escriben sin distraerse: no era el caso de Arlt, él era de los que piensan mientras escriben, de los que piensan mejor en nuestra literatura, habría que decir, y para confirmarlo sólo hace falta ver el modo en que reflexiona en este libro sobre las noticias que lee “al margen del cable”.

Las crónicas de Arlt están secretamente emparentadas con las *Causeries* de Mansilla y la comparación entre esas escrituras únicas permitiría definir dos momentos excepcionales de la lengua nacional. Mansilla y Arlt escriben con un estilo de una amplitud desconocida: usan la primera persona para hablar sobre todo y por todos, y discriminan los usos de la palabra como si estuvieran inventando una lengua. Por eso en Arlt y en Mansilla abundan las observaciones sobre las modalidades lingüísticas y las convenciones verbales: el periodismo es siempre una teoría del lenguaje.

Por otro lado, las crónicas de Arlt pertenecen al orden excéntrico de la sintomatología social: un registro de la patología y de los cambios en el clima psíquico de la sociedad. Bastaría referirse al modo en que el nazismo es percibido instantáneamente por Arlt -en varias de estas crónicas- como la gran mitología demoníaca de nuestra época.

A la manera de los investigadores paranoicos del expresionismo alemán (el doctor Mabuse, el doctor Caligari), Arlt tiene a su disposición hechos y situaciones a los que observa tratando de encontrar los datos que permitan inventariar un mundo nuevo: la utopía subyace en estos textos como el revés perverso del costumbrismo.

La literatura es para Arlt el laboratorio donde se experimenta con las conductas inesperadas y las especies ambiguas, con las partículas y las moléculas microscópicas de la vida social. Sus aguafuertes escritas durante casi veinte años son el archivo de esa investigación biológico-política. Múltiples y maleables, sus crónicas mezclan diagnósticos, pequeños panfletos, microhistorias, futuras novelas, fragmentos de un folletín personal, y extraordinarios registros de lectura.

Pero quizás lo más notable de las crónicas de Arlt es que fueron escritas por encargo. Se publicaron desde el primer número del diario *El Mundo*; posiblemente se trató de encontrar un lugar para Arlt como redactor especial. Y el redactor se convirtió en la noticia. La consigna era sencilla: Arlt estaba obligado a escribir pero nadie le decía sobre qué. Esta disposición (que dura años) es la base de la forma de sus crónicas y define el género. Arlt actúa como un observador exigido, obligado a encontrar “algo interesante”. La experiencia de buscar el tema es uno de los grandes momentos de las aguafuertes. La obligación vacía de escribir les da una tensión de la que, por supuesto, carece el periodismo. Quiero decir, el periodismo busca el dramatismo en la noticia, y las crónicas de Arlt dramatizan la exigencia de escribir, la obligación de encontrar algo que decir. En más de un sentido, el cronista es quien -para decirlo así- inventa la noticia. No porque haga ficción o tergiversar los hechos, sino porque es capaz de descubrir, en la multitud opaca de los acontecimientos, los puntos de luz que iluminan la realidad. En nadie es tan clara como en Arlt la tensión entre información y experiencia.

Si tomamos los dos pares de términos experiencia/inexperiencia e información/desinformación -escribe John Berger en su libro *El sentido de la vista*-, podemos ver cómo se relacionan. Operan en niveles muy diferentes. El primer par se refiere a la manera en que una persona da o no sentido a lo que le sucede. El segundo se refiere a un proceso social de ordenación sistemática de los hechos en la cual no surge, estrictamente hablando, la cuestión del significado.

Arlt trabaja con la experiencia pura, busca transmitir el sentido de los acontecimientos. Por eso sus crónicas se leen hoy mejor que cuando fueron escritas. No son escritos periodísticos en el sentido clásico pero

son periodísticos porque ofrecen la novedad de una visión. En la notable serie de notas escritas “al margen del cable” incluidas en este libro, a las que me he referido, Arlt trabaja directamente sobre la interpretación de la noticia. Esas crónicas están construidas básicamente sobre una escena de lectura: Arlt comenta los cables que lee. Y su modo de leer es extraordinario. Amplifica, expande, asocia, cambia de registro y de contexto las noticias que recibe. Las revela, las hace visibles. Arlt ha titulado la mayoría de sus crónicas usando el modelo de una técnica gráfica (las aguafuertes, el ácido que fija la imagen) porque quiere fijar una imagen, registrar un modo de ver.

La excelente edición de Rose Corral de sus crónicas escritas a partir de 1937 nos ayuda a entender un momento clave de la transformación de la escritura de Arlt. En la línea de *El obsesivo circular de la ficción* (su notable libro sobre *Los siete locos*), Rose Corral analiza aquí las intrigas y las tramas comunes que circulan en la ficción y en las crónicas de Arlt. Novedoso y sorprendente, este libro permite fijar la visión, siempre actual y siempre renovada, con la que Roberto Arlt ha transformado nuestra percepción de lo real.

))((

“Un argentino piensa en Europa”: Roberto Arlt en sus últimas crónicas

(fragmento)

Rose Corral

I.

Roberto Arlt vuelve a la Argentina en mayo de 1936, después de vivir casi un año en España, de recorrer buena parte del país y visitar Marruecos. A los dos meses de su retorno, estalla la Guerra Civil y ese mismo año publica sus *Aguafuertes españolas*. Desde su regreso, parece estar buscando un nuevo modo de inserción en el periódico *El Mundo*, distinto al de las populares aguafuertes porteñas que publicara antes del viaje a Europa, entre 1928 y 1935. El 27 de agosto de 1936, con la crónica “Roberto Arlt escribe sobre el cine”, parece iniciarse una nueva columna; pero esta sección en torno al cinematógrafo desaparece al cabo de un mes y cinco notas. En realidad, recién en marzo de 1937 -primero con “Tiempos presentes”, donde alterna temas

internacionales y asuntos locales, y luego con la columna “Al margen del cable”, desde octubre de ese mismo año, en la que el punto de partida son las noticias mundiales- Arlt encuentra los temas que van a ocuparlo centralmente hasta su muerte: la apremiante escena internacional y los preparativos encubiertos de la Segunda Guerra Mundial en varias latitudes (Europa, Asia, América, África), una guerra anunciada que finalmente estalla en septiembre de 1939.

Esta intensa compenetración de Arlt con el momento histórico que le toca vivir es ya notoria en sus novelas de los años 1929 y 1931, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, y también en su teatro, a partir de mediados de los años treinta, en el mismo momento en que escribe las crónicas de “Al margen del cable”. Si en las novelas las noticias del mundo se trenzan con la ficción, creando una suerte de *collage*, un cuadro simultaneísta de la ciudad que incorpora diferentes espacios, voces y que borra las fronteras entre ficción y realidad, en *La fiesta del hierro*, estrenada el 18 de julio de 1940, la farsa macabra imaginada por los personajes coincide, al final, con la lectura en el escenario de un “puñado de telegramas” que anuncian el inicio de la Segunda Guerra Mundial y el urgente pedido de armas. Unos meses antes, en una crónica de septiembre de 1939, en el momento mismo en que se inician las hostilidades y las invasiones fulminantes de Alemania a varios países europeos, Arlt se había referido a Baal-Moloc, el antiguo devorado de hombres, un motivo que retoma poco después en *La fiesta del hierro*, y que asemeja a la guerra: “Europa se encamina hacia las quemantes fauces de Baal-Moloc”.¹

En esos años, Arlt parece vivir y escribir pendiente de los cables internacionales que llegan a la redacción del periódico porteño. Sigue de cerca el ascenso del nazismo en Europa, el clima de terror y violencia que impone a su paso; registra y sondea los signos inquietantes que van apareciendo: neutralidad y carrera armamentista en los países nórdicos; complicidad japonesa en Asia; compras desenfrenadas de hierro viejo a América (Cuba y Venezuela), para fundirlo y construir armas; almacenamiento de trigo (argentino) en Alemania e Italia; persecuciones y “misteriosas” desapariciones de actores políticos en Alemania, Hungría, Rumania, Austria; politización acelerada de niños y jóvenes en Alemania; sofisticación cada vez mayor del armamento y, por consiguiente, de las distintas formas de muerte que se preparan (el uso de gases, que ya era un *leitmotiv* en sus novelas, la guerra química, los “progresos” de la artillería, los

¹ Roberto Arlt, “Los jóvenes de los tiempos viejos”, en *El Mundo*, 21 de septiembre de 1939. Véase p. 437 en este volumen. Ya que todas las crónicas de Arlt que comentamos proceden de *El Mundo*, de aquí en adelante se citarán con los títulos y las fechas de publicación original. Los números entre paréntesis indican las páginas del presente volumen en las cuales se reproducen las crónicas citadas.

nuevos submarinos, etc.). Éstos son sólo algunos de los temas que Arlt recorre en estas últimas crónicas. Tanto en sus crónicas como en su ficción, Arlt siempre se interesa en desentrañar las tramas y trampas de la política; se detiene también en los vínculos entre la astrología y las maquinaciones perversas del poder nazi, en la atmósfera de conspiración y espionaje que se va propagando en Europa. La noción misma de intriga, esencial en su universo imaginario, lo es también en estas crónicas.

Como se verá, estos temas encarnan en “historias”, tanto de personajes históricos -Chamberlain, Hitler, Schuschnigg, von Ribbentrop, entre muchos otros- como anónimos. En “Un argentino piensa en Europa”, por ejemplo, se refiere al “hombre de la calle”, “de quien ningún corresponsal se acuerda de escribir”, un hombre “que vive pensando [...] en la catástrofe de una guerra próxima”.² Arlt imagina los gestos cotidianos, los pequeños hechos de una existencia común, sus temores y deseos, y los entreteje con los dictados mayores de la historia de esos años que va arrinconando esas vidas, orillándolas a la muerte. La noticia escueta es para Arlt un punto de partida, y lo dice claramente en una crónica sobre el Tíbet y la llegada al trono de un nuevo Dalai Lama, en plena Segunda Guerra Mundial.³ En este texto, en el que se combinan aventura y política (como en el caso de varias otras crónicas de esos años), Arlt no duda en afirmar que en realidad “los diarios nada cuentan”, y que lo que acaba de narrar -que sí, por el contrario, se anota “en los archivos secretos de los servicios extranjeros de espionaje”- “parece y no es un capítulo de novela”.

A lo largo de las crónicas, Arlt contrasta el lugar de enunciación, Buenos Aires, “uno de los pocos oasis de la Tierra”, con la situación europea que “trabaja a tres turnos en el preparativo de su suicidio”.⁴ Desde mediados de 1937 el escritor intuye que se acerca un tiempo aciago en que peligrará la vida de millones de personas. Anticipa el futuro sombrío de Europa, a la que imagina en ese mismo año como “un vasto presidio donde las multitudes prensadas entre murallas de cemento preparan [...], bajo la vigilancia de sus carceleros, los mecanismos que en un momento dado echarán a funcionar para desparramar la muerte y la locura”.⁵

Arlt no desdeña tampoco otros asuntos, *faits divers*, noticias escondidas en páginas interiores de periódicos nacionales y extranjeros, y descubre la otra cara de lo que podría parecer banal. Por ejemplo, la noticia, que pasa inadvertida, de un nuevo aniversario del

² Publicada el 16 de septiembre de 1938 (p. 308).

³ Roberto Arlt, “El Tíbet tiene un nuevo Lama”, 21 de febrero de 1940 (p. 527).

⁴ Roberto Arlt, “Buenos Aires, paraíso de la Tierra”, 24 de septiembre de 1937 (p. 150).

⁵ *Ibid.*

deceso del actor Rodolfo Valentino, el actor que unos años antes era todavía una celebridad mundial. Esta noticia que Arlt encuentra “perdida entre los cables de la página verde de un periódico de Lima”, y a partir de la cual escribe “Recordando el Eclesiastés”,⁶ es una conmemoración de lo que representó y sobre todo una reflexión sobre lo efímero de la fama y “la muerte en la memoria de los vivos”. Otras noticias menores, de personajes hoy olvidados, llaman su atención: la de un mago inglés, Percy Selbit; la de un tallador de diamantes, Arthur Levy,⁷ o la muerte de un buzo italiano, Giácomo Pardi, que lo incita a reconstruir de manera sintética su vida hilvanándola con la lectura de “La oración del buzo” de Papini.⁸ Se interesa por criminales famosos en esos años, como Al Capone, a quien le dedica varias crónicas en las que reconstruye sus conexiones con el poder político, y que recrea tanto en sus años de cárcel en Alcatraz, cuando finge estar demente, como en la intimidad de una reunión familiar normal con su mujer e hijo una vez liberado.⁹ También escribe sobre el asesino alemán Eugène Weidmann, residente en Francia, de quien dice, pensando en la foto reproducida en los periódicos, que “tiene el rostro de un artista”; un caso que fue muy comentado por la prensa a finales de 1938.¹⁰ Otros sucesos menores que Arlt fabula en algunas de sus notas son las noticias de naufragios, las aventuras de investigadores en África, en el Polo Norte, o la “vida extraña” (aunque encuentra en la historia casos semejantes) de una

⁶ Publicada el 11 de febrero de 1940 (p. 521). Aunque en esta nota se refiere sobre todo a los estragos que causó Rodolfo Valentino entre las mujeres que lo veneraban, critica de todos modos, como lo había hecho en aguafuertes anteriores, al actor del cual “uno se siente tentado a afirmar que el destino lo había creado para demostrar la estupidez de las multitudes, o a lo que puede llegarse en la negación del arte”. En una aguafuerte porteña del 29 de noviembre de 1929, un homenaje al gran actor Emil Jannings, Arlt contrasta la actuación de este último con el “estilo barato y horteril de Rodolfo Valentino”, representación cabal de “la vulgaridad cinematográfica”. En Roberto Arlt, *Notas sobre el cinematógrafo*, edición de Gastón M. Gallo, Buenos Aires, Simurg, 1997, p. 52.

⁷ Véase Roberto Arlt, “El truco de la mujer cortada en dos pedazos”, 23 de noviembre de 1938 (p. 338) y “El viejo tallador de diamantes”, 27 de noviembre de 1938 (p. 341).

⁸ Roberto Arlt, “Cuando Pardi vivía en el fondo del mar”, 4 de marzo de 1938 (p. 266). En otra crónica que comentaremos más adelante, Arlt compara al escritor de verdad con un “buzo genial” (“La tintorería de las palabras”, 15 de junio de 1940 [p. 566]), y esta imagen también aparece en las fantasías de Erdosain en *Los siete locos*.

⁹ Roberto Arlt, “¿Está loco o se hace el loco Al Capone...?”, 12 de febrero de 1938 (p. 248), y “Reunión familiar en casa de Al Capone”, 17 de noviembre de 1939 (p. 467).

¹⁰ Roberto Arlt, “¿Por qué en la nuca? Weidmann no lo explica”, 26 de enero de 1938 (p. 239). Weidmann fue detenido en Saint Cloud en diciembre de 1937 y después de confesar seis asesinatos será guillotinado en junio de 1939. Este caso muy sonado en el momento en que Arlt escribe su crónica será retomado en 1970 por el novelista Michel Tournier en su novela *Le Roi des Aulnes*, ambientada en los años treinta, en la preguerra y en la Segunda Guerra Mundial.

mujer, Lilian Valerie Smith, que llega a convertirse en el “coronel Barker”, del ejército británico.¹¹

En el transcurso de estos cinco años Arlt lleva a cabo dos extensos reportajes, uno sobre la sequía en Santiago del Estero y otro sobre “los problemas” del Delta del Tigre. Viaja a Chile en diciembre de 1940 y envía sus “Cartas de Chile”, en las que analiza con agudeza la situación política del vecino país. Álvaro Yunque, en la nota que escribe sobre Arlt poco después de su muerte -uno de los pocos testimonios de un contemporáneo suyo sobre su ejercicio del periodismo-, recuerda precisamente sus últimas notas, el “color detonante que ponía en las hojas grises del diarismo”, y alude al “equilibrio” que alcanza en sus artículos sobre Chile, en los “que supo aliar su observación -que siempre fue aguda, capaz de descubrir datos originalísimos- a la reflexión y extraer conclusiones certeras de una situación confusa”.¹² Las crónicas del último año, 1942, son por lo general mucho más breves, y aparece una nueva sección, “Rincones de Buenos Aires”, que tal vez Arlt se proponía alternar con las crónicas de “Al margen del cable”.

Merece destacarse un conjunto de crónicas, de los años 1940 y 1941, que se comentarán más adelante y que conforman una serie de reflexiones sobre literatura y cultura en tiempos de crisis que Arlt parece escribir motivado por la situación de incertidumbre que vive el mundo a raíz de la guerra, y por la sensación de encontrarse en el “final de una época”.¹³ Arlt habla sobre escritura y época, sobre modernidad y lo que llama “estilos nuevos”, y dado que son muy pocos sus textos relativos al arte de la novela, adquieren un excepcional relieve. No se trata para él de una defensa abstracta o sentimental de la cultura occidental ante la amenaza de una nueva barbarie, un discurso frecuente en aquellos años, sino de pensar los vínculos esenciales entre literatura o escritura y vida, vínculos que incluyen la memoria histórica, la mirada sobre el momento presente y también sobre el futuro.

De un total de casi trescientas crónicas, publicadas en *El Mundo* entre 1937 y 1942, en su mayoría textos notables, sólo ha sido publicada una mínima parte.¹⁴ Extraña y desconcierta el poco interés

¹¹ Roberto Arlt, “La vida extraña de Lilian Valerie Smith que simulaba ser un coronel británico”, 29 de marzo de 1937 (p. 62).

¹² Álvaro Yunque, “Roberto Arlt”, en *Nosotros*, Buenos Aires, núm. 76, julio de 1942, p. 113.

¹³ Roberto Arlt, “Clausura del diario íntimo”, 3 de julio de 1940 (p. 569).

¹⁴ Hasta la fecha se trata de la parte más descuidada de la producción de Arlt. En 1981, Daniel C. Scroggins publicaba al final de su antología (y por primera vez) un listado completo, con sus respectivas fechas, de las aguafuertes porteñas publicadas entre 1928 y 1933 (*Las aguafuertes porteñas de Roberto Arlt*, recopilación, estudio y bibliografía de Daniel C. Scroggins, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981). En el estudio introductorio, Scroggins demuestra la amplitud de lecturas de Arlt y su conocimiento de varias literaturas. En una revista literaria de Córdoba, *Tramas*

que ha habido por exhumar y publicar este material, no sólo con el propósito de completar la edición de las obras de un escritor decisivo de la tradición literaria argentina del siglo xx, sino porque se trata de excelentes textos que siguen vigentes por el aliento narrativo que los recorre. El periódico *El Mundo*, en una nota anónima que publica al día siguiente de la muerte de Arlt, destaca algunas de las virtudes literarias de sus crónicas, “la alucinante sucesión de imágenes” de su ficción, las “mismas que derrocha en la prosa de sus crónicas diarias”.¹⁵ En 1954, la revista *Contorno*, en el número de homenaje que le dedica a Arlt, se interesa por sus crónicas y reclama ya una recopilación de este material disperso.¹⁶ Para entender ese rezago, tal vez deba recordarse que hubo una época, no tan remota, en que se solían oponer las dos prácticas de Arlt: o se enaltecía al escritor (olvidando al cronista) o se despreciaba al periodista o cronista que había en el escritor.¹⁷

Aunque las cosas estén cambiando lentamente, el lugar marginal que ocupa todavía la crónica en la historia literaria, un género considerado menor, podría explicar, en parte por lo menos, el poco interés por dar a conocer estos textos de Arlt. Un lugar que, como es bien sabido, ha

para leer la literatura argentina (vol. II, núm. 5), aparece en 1996 una “Bibliografía de Roberto Arlt” preparada por Sylvia Saïtta en la que se enlistan todas las crónicas de Arlt desde 1928 hasta 1942. En 1998, con el título general de *Aguafuertes. Obras completas* (t. 2, prólogo de David Viñas, Buenos Aires, Losada), se publicó un grueso volumen que reúne varias compilaciones anteriores de aguafuertes y “nuevas aguafuertes”, junto con las “gallegas”, “andaluzas”, “asturianas” y “africanas”.

¹⁵ “Falleció ayer nuestro compañero Roberto Arlt”, en *El Mundo*, 27 de julio de 1942.

¹⁶ Fernando Kiernan, “Roberto Arlt: periodista”, en *Contorno*, núm. 2, mayo de 1954, pp. 10 y 11. Arlt, que tenía en alta estima su oficio de periodista, también tenía plena conciencia de que un buen cronista no podía entenderse sin el oficio y talento del escritor. En 1929 sostiene que “el buen periodista es un elemento escaso en nuestro país, porque para ser buen periodista es necesario ser buen escritor”. “Para ser periodista”, en *El Mundo*, 31 de diciembre de 1929. Véase *Aguafuertes. Obras completas, op. cit.*, p. 381. Varias décadas antes, cuando despuntaba la crónica como un género nuevo en el continente, Rubén Darío defiende en términos parecidos el entonces moderno oficio de periodista: “Ya he dicho en otra ocasión mi pensar respecto a eso del periodismo. Hoy, y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir”. Y agregaba: “Sólo merece la indiferencia y el olvido aquel que, premeditadamente, se propone escribir, para el instante, palabras sin lastre e ideas sin sangre. Muy hermosos, muy útiles y muy valiosos volúmenes podrían formarse con entresacar de las colecciones de los periódicos la producción, escogida y selecta, de muchos, considerados como simples periodistas” (“El periodista y su mérito literario”, en José Olivio Jiménez y Carlos Javier Morales (eds.), *La prosa modernista hispanoamericana*, Madrid, Alianza, 1998, p. 203).

¹⁷ Los comentarios de dos escritores de la misma generación, Julio Cortázar y José Bianco, pueden ilustrar lo que decimos. Si para Cortázar, Arlt fue “uno de nuestros videntes mayores” (“Apuntes de relectura”, en Roberto Arlt, *Obra completa*, t. 1, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1981, p. x), un juicio centrado sobre su ficción, que ignora por completo su periodismo, para Bianco, Arlt “no era un escritor sino un periodista, en la acepción restringida del término” (“En torno a Roberto Arlt”, en *Casa de las Américas*, núm. 5, marzo-abril de 1961, p. 53).

retrasado por ejemplo la recuperación de las crónicas de los modernistas.¹⁸ Carlos Monsiváis, ensayista y él mismo excelente cronista, también se ha referido al “desdén casi absoluto por un género tan importante en las relaciones entre literatura y sociedad, entre historia y vida cotidiana [...], entre testimonio y materia prima de la ficción, entre periodismo y proyecto de nación”.¹⁹ Si las aguafuertes porteñas eran leídas en periódicos del interior de la Argentina y se reproducían en Uruguay y Chile, como lo recuerda el propio Arlt en 1929,²⁰ las crónicas de “Al margen del cable” viajaron al otro extremo del continente y se difundieron en México. Arlt murió sin saber que sus notas eran leídas en la página editorial de *El Nacional*, un periódico que tuvo un papel relevante durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas.²¹

)))

1937

Oro negro en Río Cuarto

Una bomba de oro ha reventado en Río Cuarto. Río Cuarto, la ciudad muerta envuelta en torbellinos de tierra roja. Pero ya no estará muerta. Ha resucitado.

En Coronel Baigorria el ingeniero Reyes afirma haber encontrado petróleo. ¡Petróleo! ¡Oro negro! Una sinfonía de borbotones de betún se levanta ante los atónitos ojos de los destripaterrones que manejan Ford y desnatan leche. Sueño de vascos, de gallegos, de italianos. ¡Petróleo! ¡Oro!

Una suerte de delirio negro y rosa cruza en estos momentos, con sus ráfagas de billetes de banco, las imaginaciones de los hombres del departamento. Perspectivas de pleitos. Anulaciones de boletos de venta. Pérdida de señas. Es la hora en que cada chacarero de Río

¹⁸ Sobre este asunto, véase el estudio introductorio de Susana Rotker al libro de José Martí, *Crónicas. Antología crítica*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 7-29.

¹⁹ “De la Santa Doctrina al Espíritu Público. (Sobre las funciones de la crónica en México)”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xxxv: 2, 1987, p. 753.

²⁰ Véase Roberto Arlt, “La crónica n° 231”, en *Aguafuertes. Obras completas, op. cit.*, p. 369.

²¹ Véase Roberto Arlt, *Al margen del cable. Crónicas publicadas en El Nacional, México, 1937-1941*, edición de Rose Corral, Buenos Aires, Losada, 2003.

Cuarto, la solitaria, admite la posibilidad de que bajo sus terrones ondula, espesa, la tardía sangre de la tierra.

¡Petróleo! En cada casa de la solitaria Río Cuarto, con su plaza, su iglesia, sus calles anchas empedradas, con picapleitos cetrinos, con agentes de automóviles de apellido español o italiano, con grandes almacenes de ramos generales donde los vendedores son habilitados, con “procuradores diplomados” y chicas que están en la primera parte del Czerny, en cada casa de Río Cuarto, que despacio se sentía morir bajo la competencia de Villa María, hoy un sueño de increíble prosperidad sacude las esperanzas de esas gentes: ¡En Río Cuarto hay petróleo!

Petróleo. Riqueza. Destilerías. Mares de obreros. Bares con *music halls*, sueños de ventrudos tratantes. Bares. Mujeres que muestran las piernas. Orquestas. Pleitos. Pleitos en torno de todas las hijuelas. Pleitos en torno de los boletos de venta rescindidos. Sueños de los almacenes de ramos generales. Camiones, hileras de camiones con mercadería. Sueño galopante del vecindario de Coronel Baigorria. Sueño del turco que tiene un lote. Sueño del italiano que tiene una chacra. Sueño del español que arrendó un terreno. Sueño del inquilino que contrató una casa. ¡Enriquecerse! ¡Enriquecerse!

Esta noche, mañana, pasado, no encontrará usted un solo vecino que le venda un lote de tierra en Coronel Baigorria. No encontrará un solo propietario de Río Cuarto hoy dispuesto a vender. Petróleo, petróleo. Los agentes de automóviles, la casa del jefe político, en teléfonos, caras pegadas a los auriculares. Conferencias. Las ediciones de los periódicos de la Capital disputadas en la estación. Los chacareros en el hotel discutiendo la noticia. Las esperanzas inflándose como la leche en la marmita. ¡Petróleo! ¡Oro! ¡*Music halls*, con mujeres que muestran las piernas! Coimas, sueños de coimas. Aumento del servicio médico. Ensanchamiento de las boticas. ¡Oro! ¿Quién piensa vender hoy en Coronel Baigorria? Nadie. *Nothing*. Nadie. *Nothing*. ¡Oro! ¡Dólares! ¡Torres! ¡Destilerías!

Los pueblos de los alrededores creciendo. Los demacrados picapleitos engordando. Cambiándose el cuello. Lavándose la camisa. Los estudios de abogados abriendo las persianas. Los estudios de Czerny renovándose con más vigor. Un marido ingeniero. Un marido catador. Un marido jefe de contaduría. No importa. ¡Oro, oro! Sueño del petróleo. El petróleo brotando de la tierra, negro, hediondo, precioso, maravilloso. ¡Oro! ¡Petróleo! ¡Oro! ¡Petróleo! Una sinfonía. Sueño de cabarets descomunales. Los chacareros retorciéndose el bigote. Los partidos políticos languidecidos, fortalecidos prestamente. Los bancos. Los bancos. ¿Qué gerente no abre los ojos? Reuniones de directorios. ¡Fiebre! Botellas de cerveza reventando. Botellas de champaña. ¡Oro! ¡Petróleo! La tierra envuelta por los largos vientos cruza los poblados de Río Cuarto. Bajo las estrellas, entre los reverberos del sol, tremendos,

en los pescantes de las chatas de cuatro ruedas descomunales, en los talleres de vulcanización, en las carpinterías, en los almacenes, en las esquinas, en el taller del zapatero, en lo del turco Alí, en lo del fascista Cristóforo, en lo del comunista Jaime, consigna única: ¡Petróleo! ¡Petróleo! ¡Petróleo! Sueños de enriquecimientos fabulosos. De millones. De cientos de millones.

No se habla, no se piensa en otra cosa. Abajo hay petróleo. ¡Qué importa la posible guerra europea! ¡Qué importa la Revolución Española! ¡Qué importa todo si hay petróleo! Aquí, aquí abajo, donde golpea el zapato. Mañana mismo, pasado, dentro de dos meses. Ahora no puede tardar. Todos sueñan.

¡Ha ocurrido! ¿Cómo ocurrió? ¿Por qué ocurrió? ¿Cómo no ocurrió antes? Palabras, palabras, palabras. ¡Villa María! Villa María no existe en el mapa. Ahora es Río Cuarto, Río Cuarto la solitaria. De avenidas anchurosas. De picapleitos flacos. De muchachas desganadas.

Río Cuarto, cabeza de departamento. Con tribunales. Con jueces. Es un sueño. Ha ocurrido. ¡Allí está! No basta nada más que esperar un poco y de pronto el petróleo en un chorro de betún tocará el cielo. Los pastos verdes quedarán cubiertos de alquitrán. Nubes de humo ennegrecerán el cielo. Rascacielos. ¿Por qué no? Pueden surgir. Quién no sueña con rascacielos. Véalos. Allí están en el hotel principal, en el comedor del hotel principal, en la sala del abogado principal, allí están todos los conspicuos de Río Cuarto hablando de la noticia, escuchando con los ojos brillantes la palabra de un ingeniero, de dos ingenieros, de diez ingenieros. Explicaciones. Hipótesis. Palabras doradas. ¿Quién ha dicho que la vida no es hermosa cuando hay petróleo?

“Tiempos presentes”, 12 de marzo.

* * *

El pesador de monedas

En 1870 estallaba la guerra franco-prusiana y ya el joven Percy Webb coleccionaba medallas y monedas antiguas.

En 1877 estalló la guerra entre los rusos y los turcos. El joven Webb continuaba coleccionando medallas. Ya indagaba los metales híbridos que integraban las piezas valiosas, ya se permitía su ligero fraseo entre los ciclos, los kiles, los eginetas, las monedas rodias y olímpicas.

En 1898 estalló la guerra entre China y el Japón, pero él no se inmutó. Continuó estudiando las proporciones de estaño de las

monedas aticohelénicas y de las grecoasiáticas. Le interesaba más un dracma que toda la tragedia que amenazaba desmoronarse sobre el planeta.

En 1898 otra guerra, la de España y Cuba, pero el honorable joven Percy H. Webb se encogió de hombros. Ahora le interesaban las monedas babilónicas, sus estructuras, las características de sus flanes y módulos, los símbolos fálicos de algunas, las falsificaciones florentinas.

En 1899 estalló la guerra entre Inglaterra y el Transvaal, y el señor Percy salió a la calle, compró *The Times*, olió entre sus gafas los titulares de la nueva tragedia, luego se embutió en su casa y comenzó a cavilar una peregrina teoría sobre las monedas cóncavas bizantinas y a estudiar un compás calibrador.

En 1904 otra guerra: la de Rusia y el Japón. La gente iba y venía por las calles de la *City* destrabando comentarios y apuestas, pero aquél fue un mal día para el miope Percy, a quién un *pick-pocket* le limpió del bolsillo un *Victoriatius* romano. Siempre recordó este incidente nuestro numismático, y desde aquel día los rusos y los japoneses le fueron particularmente antipáticos.

En 1911 fue la guerra ítalo-turca. Nuestro coleccionista estaba harto de oír hablar de Menelik. Tenía ahora un trabajo bárbaro cavilando sobre la identidad de las monedas que se acumulaban en su despacho, porque ya no era un simple coleccionista, sino el tesorero de la "Royal Numismatic Society".

Ya los primeros zepelines habían cruzado el aire y también las aguas los primeros submarinos. Para él, como si los zepelines y los aeroplanos no existieran. Hubo atentados, bombas de dinamita, asesinatos de zares, alianzas secretas, crisis económicas, pero nuestro hombre, encerrado en su gabinete del neblinoso Londres, a la luz de un globo de gas, entre honorables barbudos que hedían a whisky, continuaba calibrando sus monedas, oliscándolas, pidiéndoles certificado de buena conducta. Tenía a su disposición, para refocilarse como cuadra a un excelente maniático, estateros, óbolos, didracmas, tetradracmas, cistóforos, ciclos, monedas de todas las civilizaciones antiguas, monedas bárbaras, monedas griegas, monedas asiáticas, monedas bizantinas, monedas romanas, árabes, libras tornesas, parisienses, florines, ducados venecianos, januas genovesas, esterlines, rois portugueses...

En 1914 estalló la Gran Guerra. Nueva Zelandia -agradecida no sé por qué vagos servicios- le otorgó una medalla que él agregó a la colección de sus monedas. Ahora estaba sumergido en el estudio de las monedas bizantinas de la época de Arcadio, en la evolución de los signos cristianos, en las nuevas monedas de la etapa de Juliano el Apóstata o el Filósofo o el Hijo del Infierno, como le llamaban los monjes. Se volvió casi bizco buscándoles pelos a los borrosos sueldos

de oro con sus panagias al reverso y de inscripciones ampulosas al anverso.

Por millares los hombres caían en los campos de batalla. Los aeroplanos y zepelines volaron sobre Londres, se inventaron los gases, el anónimo submarino cobró proporciones gigantescas, las ondas eléctricas cruzaban el planeta a diestra y siniestra. Su Majestad el zar de Rusia fue fusilado. Su Majestad el emperador de Alemania partió para Holanda para dedicarse a la fruticultura; el Comunismo y el Fascismo aparecieron sobre el planeta... Míster Percy H. Webb continuó en su secretaría de la "Royal Numismatic Society", frunciendo la nariz avinagrada sobre monedas de sospechosa identidad.

Lo nombraron presidente de la sociedad. Lo condecoraron. Fue miembro de la Orden del Imperio Británico. Él, siempre imperturbable, persiguiendo con sus ojos fatigados la historia del oro, la historia del oro que envenenó la vida de las humanidades a través del símbolo: la moneda.

Ahora el honorable míster Percy H. Webb acaba de agregar a la prodigiosa colección de sus monedas, la última, cuyo calibrado y características jamás logró conocer: la de la Muerte.

Falleció hace pocos días en Londres con la misma indiferencia que monotonizó su vida de medio siglo, ajeno a todas las angustias de la humanidad.

"Tiempos presentes", 13 de marzo.